



MATRIMONIO Y EJERCICIO PROFESIONAL

Matrimonio: 20 de Julio de 1889. Dr. Enrique López, el esposo. Maternidades. Labor en la Policlínica de Especialidades Médicas. Colaboración en Oftalmología Clínica (Tres volúmenes). La Revista «Los Archivos». Notas del Dr. B. Escobar. Un Paciente de Laura. Testimonio del Dr. Emilio Martínez. Primera Oculista de Cuba.

Antes de comenzar este capítulo es necesario hacer una aclaración. Laura y Enrique, los dos Oculistas, estrechamente unidos a lo largo del ejercicio profesional, completaron veinte años de labor. El trabajo del matrimonio López-Martínez Carvajal se realizó, pues, en común, de tal manera que la contribución de cada uno es inseparable de la del otro. Es por eso que aparecen las actuaciones de ambos y también la vida matrimonial. Es así como estaban siempre ellos: formando un todo indisoluble. :

El 15 de julio de 1889 se graduó Laura de Licenciada en Medicina. Ya estaba comprometida. ¿Quién fue el elegido de su corazón? Los que lo conocieron, los hijos de Lina Campuzano, se expresan con gran entusiasmo respecto a sus bellas cualidades. Era apuesto, de gallarda figura y cabellos rubios. Hacía excelente pareja con la singular belleza tan dulce e inteligente, llena de gracia de la joven profesional.

Era Oculista. Examinamos su expediente universitario. He aquí los datos. Lino Enrique López Veitía nació en Villa Clara, el 4 de mayo de 1857. Era hijo de Elias López Silvero, también natural de Las Villas. Laura nació el 27 de agosto de 1869, él le llevaba pues doce años. El título de Licenciado en Medicina lo recibió en la Universidad de La Habana. Marchó a España. A su regreso a Cuba realizó los estudios requeridos para el ejercicio de grado de Doctor en Medicina, que obtuvo en el año de 1888. La tesis que versó sobre «Las Hemorragias Retinianas en Palúdicos», se refiere a cuarenta y nueve casos de palúdicos que fueron dados



Lic. LAURA CARVAJAL

Dr. Enrique López.

de alta en el Hospital Mercedes. Los estudia minuciosamente, reseña la historia del Oftalmoscopio, descubierto en 1851 por Helmholtz en Alemania, explica los diagnósticos que pudo hacer con tan valioso instrumento. Este, como se sabe, sirve para reconocer el interior del ojo. Esencialmente es un espejo que proyecta la luz sobre el ojo y tiene una pequeña abertura circular en su centro a través de la cual se ve el contenido ocular.

La de Laura fue una vida de perenne angustia. Toda, no. La niñez fue feliz. Su instrucción primaria, perfecta. La secundaria en fraterna emulación con sus condiscípulos en el Colegio San Francisco de Paula. Emilio Martínez, compañero de estudio en dicho plantel, así como su hermano Antonio, también estudiante aventajado, que la admiraba tanto y los demás que rivalizaban en quererla.

En la Universidad, con ser la primera mujer, fueron orillándose las dificultades. Su carácter serio, su constancia en el estudio, la presencia de compañeros del bachillerato y en el segundo año su hermano, junto a la gentileza del hombre cubano, tan natural que dio muestras de una mejor comprensión y simpatía que la que manifestaron los jóvenes norteamericanos cincuenta años antes cuando Isabel Blakwel, la primera médica del continente hizo sus estudios en la Universidad de Geneva, hoy Hobart.

El padre de Laura, Don Vicente, era el forjador de su deseo en el empeño médico. Listo siempre, lo mismo para comprar los cadáveres necesarios para la disección como para proporcionar los medios en cualquier otro sentido, así como para compartir las ilusiones con respecto al futuro ejercicio de la profesión, porvenir que se hacía más próximo según se progresaba en los años de estudios. La hazaña era singular, pero su padre y con él todos los suyos la alentaban, compartían sus esperanzas. Era dichosa.

Temprano llegó el amor. Y tan intenso que Enrique quería casarse enseguida. «Después terminarás tus estudios.» «De ningún modo, — intervino el padre—. Sólo son meses los que faltan. Que se gradúe. No faltaba más!» Con los sueños que todos acariciaban, ¿cómo iba a dejar incompleta tan brillante carrera? Y así fue. El 15 de julio de 1889 se realizó la graduación. Y el 20 del mismo mes y año Enrique la llevaba al altar en la Iglesia del Espíritu Santo. Un genuino matrimonio de amor. De amor sufrido, dijérase más bien. Sólo un año duró la verdadera luna de miel, en salud ambos. Apenas transcurrido éste, Enrique sufrió la primera hemoptisis. Hecho éste que inauguró la tragedia en el corazón de Laura, tan honda que no la abandonó jamás. Ni para morir.

Los primeros años del matrimonio Laura y Enrique vivieron en Paseo No. 1 esquina a Primera. Adquirieron esta hermosa residencia, que tenía la entrada por Paseo. Era muy amplia y señorial. El patio, muy acogedor tenía flores y algunos árboles frutales que se iluminaban con la alegría del sol. María de la Torre recuerda, entre otras, una bonita mata que producía muy dulces fresas. Laura unas veces las recogía para brindárselas y otras, al visitar a Lina solía llevarle de regalo una cesta de estas deliciosas frutillas. Es así como se la representa Lina en sus momentos de lucidez, es así como Carmen y María —las hijas de Lina— describen a nuestra biografiada: con su leve sonrisa, con sus negros y profundos ojos,

con sus ondulados cabellos, con su armoniosa presencia, donde resalta su atractivo y bello semblante ...

Hemos visitado el lugar. La casa, desde luego, ya no existe. En el terreno, muy espacioso, fabricaron un edificio de líneas modernas. Por la calle Primera muestra un pequeño jardín, muy cuidado con el busto del Apóstol Dirigimos la mirada a Paseo. El Hotel Riviera recorta su majestuosa silueta bajo el cielo azul. Al frente, la alegría del mar. Las vivas olas quiebran sus crestas de espuma que fulguran en irisado rocío.

Evocamos aquellos meses de felicidad. Los dos jóvenes, enamorados, cultos. Ambos de holgada posición —él tenía ingenio— ambos de fuerte voluntad y de gran inteligencia, graduados de Medicina en la Universidad de la Habana y dedicados igualmente a la noble especialidad que cuida ese tesoro inestimable que es el don de la vista. ¡Cuántos sueños se habrían contado uno junto al otro en cada amanecer! ... ¡Cuántas ilusiones con respecto a la labor diaria y a los hijos por venir! Pensar que en el año de 1890 vio la luz el primer tomo de «Oftalmología Clínica» que en 1891 ya se fundaba la Policlínica de Especialidades, de honda repercusión en todo el territorio nacional. Todo era entonces creación: El hogar, los hijos, el centro de trabajo, la revista. Un mundo de propósitos a cual más noble que la enfermedad hizo duros, amargos y angustiosos, pero que por la férrea voluntad de ambos no pudo malograrlos.

En su época de mayor esplendor la Policlínica de Especialidades llegó a tener un prestigio científico único en nuestro país. Dígase, solamente, que la calidad de los servicios médicos era tal que al poco tiempo de fundada era tanta la afluencia de público que hubo necesidad de trasladarla a un edificio de mayores proporciones. Los «Archivos de la Policlínica», revista mensual estuvieron publicándose desde 1892 hasta 1908 con la sola interrupción de 1901 a 1905 por exacerbación de la enfermedad de su director, Dr. Enrique López. Durante ese tiempo se llegaron a coleccionar diez y seis volúmenes, que se encuentran en la Biblioteca de la antigua Academia de Ciencias, hoy Museo Histórico de las Ciencias Médicas «Carlos J. Finlay». El mérito de dicha revista científica fue tal que recibió medalla de oro y mención honorífica en distintos Congresos Médicos. El Dr. Emilio Martínez hizo historia de este proceso científico, con el mejor conocimiento, ya que él, compañero

de estudios de Laura y de Enrique formó parte de la institución desde sus inicios. En este trabajo él indica los nombres de los médicos que laboraron, su instalación, con salas de operaciones y habitaciones acondicionadas para recluir enfermos y otros particulares que revelan la importancia que llegó a tener. Adelantamos, no más, que el departamento de Enrique y Laura estaba provisto, además de los medios hasta entonces usados para el diagnóstico y tratamiento de las Enfermedades de los Ojos, de un instrumento, que se dice que fue el primero que vino a Cuba. El Oftalmoscopio.

El afirma que una vez que ambos —Enrique López y Emilio Martínez— realizaron numerosas consultas gratuitas y llegaron a tener un considerable núcleo de pacientes, se les reunieron otros trabajando con gran fervor en equipos. Eran ellos, entre otros, el Dr. José Varela Zequeira, como cirujano, que después fue titular de Anatomía de la Facultad de Medicina y versado en labores literarias; Dr. Rafael Weiss, partero y ginecólogo que había hecho estudios en el hospital de Maternidad de New York; el Dr. Enrique Saladrigas, especialista en Pulmones; el Dr. José Ferrán, procedente de las Clínicas de Niños de París. La calidad de estos asociados se comprende cuando se diga que además del Dr. Varela, ya citado como profesor Universitario, lo fueron también el Dr. Weiss, y el Dr. Saladrigas. Y que, además el citado Dr. Rafael Weiss perpetúa su nombre en una de las salas del Hospital Nacional «Calixto García».

En este medio científico con espléndida instalación contando con el más adelantado instrumental de su tiempo, era Laura el más eficaz auxiliar del Director Dr. Enrique López, considerado como el primer oculista de su época.

Si se reconoce que dicha Clínica de Especialidades Médicas llegó a tener un prestigio científico que rebasó los límites de nuestra patria, habrá que llegar a una conclusión: Laura, que al exacerbarse la enfermedad de su esposo quedó a cargo de las operaciones y los tratamientos oculares, ocupó un rango de la mayor importancia dentro de la profesión médica. Es así como se comprende que el Dr. Ferrán la instase a continuar trabajando una vez fallecido el Dr. López. Confiaba él, como confiaban todos en su competencia y en su alta responsabilidad.

«Una de las grandes iniciativas científicas del Dr. López fue la creación de los Congresos Médicos de Cuba y que por una

moción que presentó el 6 de septiembre de 1888 a la Sociedad de Estudios Clínicos de la Habana acordó ésta la organización de un Congreso Médico Nacional, cuya inauguración se efectuó el 15 de enero de 1890. En este primer Congreso laboró intensamente como Secretario el Dr. López y se acordó continuarlos de tiempo en tiempo, como así ha sucedido desde entonces.»

Al finalizar el discurso que fue pronunciado por el Dr. Emilio Martínez en la inauguración de la Biblioteca del Asilo de Ciegos «Varona Suárez», el 21 de mayo de 1943 expresó los siguientes conceptos acerca de nuestra primera médica: «No puedo terminar estas palabras sin hacer mención de la Sra. Laura Martínez Carvajal de López, digna esposa de nuestro biografiado, que colaboró con él activamente formando un hogar feliz. La Dra. Laura Carvajal a quien tuve también el placer de conocer con intimidad, fue compañera de colegio y estudiamos juntos el bachillerato y más tarde fuimos compañeros en la Escuela de Medicina y en los hospitales. Fue la primera mujer que se graduó de médico en Cuba y puede afirmarse que por su rectitud, su seriedad, supo darse su lugar en un ambiente que como es natural por primera vez pudiera haber sido hostil a ella; pero ella supo vencer todas las dificultades en el estudio de la Medicina, sus compañeros no solamente la respetaban sino que llegaron a ser sus protectores y defensores».

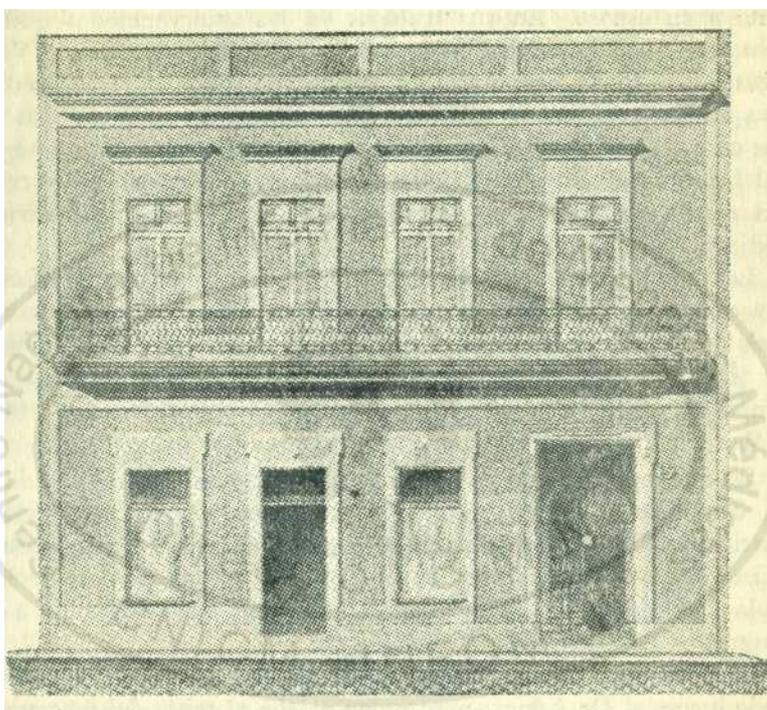
Entre las ilustraciones que acompañan esta biografía se encuentra la fotografía del edificio de dos plantas donde estuvo instalada la mayor parte del tiempo la «Policlínica de Especialidades Médicas».

Hemos visitado el lugar. En los elementos de la fotografía, se aprecian amplias ventanas que se elevan a gran altura. Espacioso balcón que recorre el frente de toda la fachada. Alto el puntal. Esa casa ya no existe. En el sitio que correspondería al número 56 de O'Reilly entre Habana y Compostela se encuentra una número 254. Esta es de una arquitectura correspondiente a una época posterior, sin embargo en la acera de enfrente hay una que pudiera ser contemporánea de la de la Policlínica de Especialidades. Igual la apariencia de los dos pisos, casi iguales las dimensiones, semejante la arquitectura.

A más de una veintena de años alcanzó el tiempo que Laura laboró asiduamente aquí con su esposo. Comprendía la decena que terminó el siglo pasado y la del comienzo de éste. Ya se sabe

que se instauró nuestra precaria independencia, el 20 de mayo de 1902.

Este trabajo profesional era con el dolor auestas. Con el compañero enfermo, con el temor de que los niños adquiriesen tan terrible enfermedad. Enfermedad que en aquel tiempo, sin pneumotorax, sin estreptomocina y sin los otros medios modernos, con su sintomatología tan penosa que la hacía casi tan temida como el



"Policlínica de Especialidades Médicas" centro científico donde laboró Laura Martínez de Carvajal más de veinte años, fundada por su esposo,

cáncer. El trabajo creador de devolver la salud a los enfermos de los ojos tenía que hacerse muy duro en estas condiciones. Y mucho más amargo, porque no quedó siquiera resquicio para la esperanza, ni para la equivocación en el diagnóstico. Y mucho más, porque siendo médicos los dos no se les podía escapar ni la gravedad, ni el pronóstico. Nos cuenta Elsie, la hija bien amada, que a partir del primer año del matrimonio se le presentó a su padre la primera

hemoptisis. Y que de pequeña siempre recuerda, desde el amanecer la incontrolable tos de su padre. Y con tal insistencia que aún nos parece escucharla, nos dijo. Se explica, pues que una vez que los niños estuviesen crecidos se enviasen al extranjero. Eran menos las posibilidades de contacto. Se les hurtaba pues al contagio, esto es, a contraer la penosa enfermedad.

El ejercicio de la profesión médica fue muy activo en Laura, junto a su esposo. En sus trabajos en las intervenciones quirúrgicas, en sus labores médicas, fue ella su único auxiliar. Veces había que él iba al extranjero ya a participar en Congresos Médicos o ya en Exposiciones científicas. Ella siempre lo acompañaba. En esos casos el Dr. Enrique López dejaba su clientela al Dr. Dehagues o al Dr. Guiral. En algunas de estas excursiones científicas escribía una reseña que publicaba en «Los Archivos» o en otras revistas médicas.

Las condiciones de trabajo del Dr. López eran muy difíciles. A veces no podía hablar, porque inmediatamente se presentaba una crisis de tos. Estaban tan identificados que para que él no hablase, ella le adivinaba el pensamiento. Y sólo con una mirada ella comprendía y le alcanzaba el instrumento requerido. Tal era su colaboración, de una eficiencia verdaderamente insustituible.

Lo que se señala en cuanto a las operaciones, en el caso difícil del tratamiento, lo era también al colaborar en las producciones científicas. En los tres volúmenes de «Oftalmología Clínica» basados en innúmeros pacientes, en los diez y seis volúmenes de «Archivo de la Policlínica de Especialidades», en las contribuciones a los Congresos Científicos.

La dirección de la Policlínica de Especialidades correspondía, desde luego, al Dr. López; pero quien estaba al tanto del mecanismo directo en todos los aspectos, era ella.

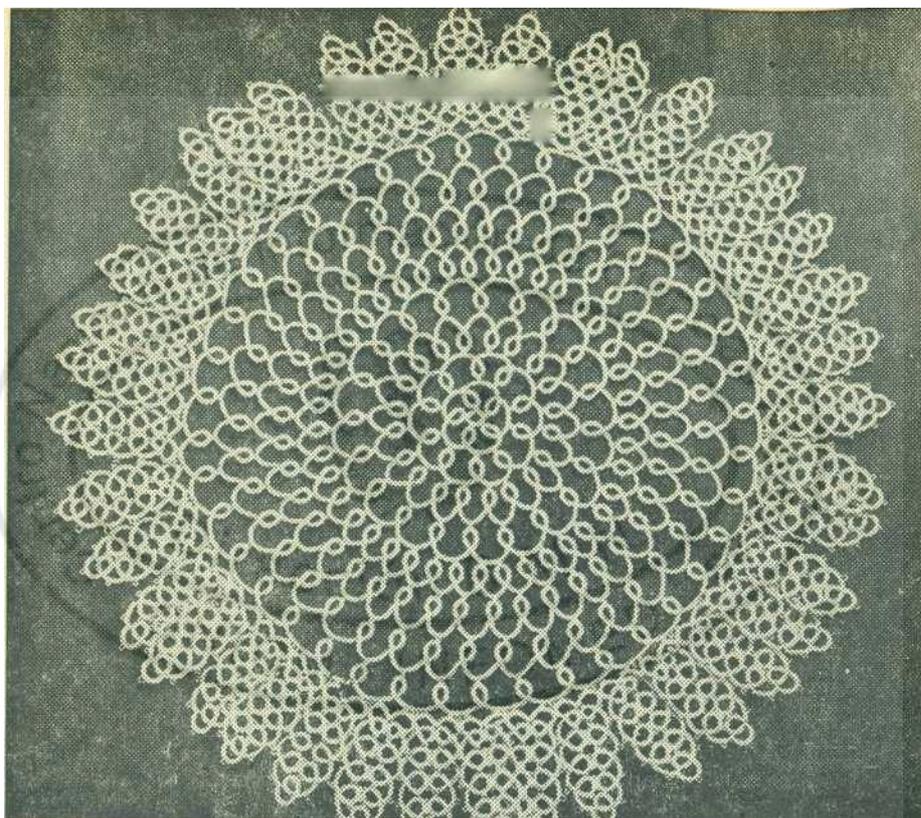
Hubo una vez, a la terminación del siglo pasado que Laura, siempre tan saludable y rozagante sufrió un catarro pertinaz. Ambos cónyuges se trasladaron a Liberty y permanecieron, especialmente ella varios meses en riguroso tratamiento, incluyendo absoluto reposo. Al cabo de algún tiempo —8 meses— cedió la fiebre y recobró por completo la salud. Fue la única vez en los veinte años de unión permanente que se temió hubiese contraído dicha enfermedad. Enfermedad que al cabo de 31 años de fallecido el esposo, la llevó a la tumba.

El tercer volumen de la «Oftalmología Clínica» es el más importante. Se estudian ocho mil casos tratados directamente en la Policlínica de Especialidades. Los asuntos están estudiados con más amplitud que en los anteriores. La refracción ocular ocupa una gran extensión. Se cree que fue íntegramente escrita por Laura. Abundan razones en este sentido. Entre ellas la gran preparación de Física Superior por sus conocimientos requeridos para la Licenciatura de Ciencias Físico-Matemáticas que había obtenido en 1888. Además los dibujos, finísimos y ejecutados con verdadero arte.

La feminidad de Laura era exquisita. La personalidad, muy firme. Anótese su inclinación amorosa temprana, se casó a los 19 años, su maternidad gloriosa, amamantando a sus siete vástagos, su trato dulce y tan amable y delicado que muchos de los enfermos la preferían en las investigaciones oculares porque sus manos eran tan suaves que no se sentían. Más adelante se explicará como tuvimos la suerte de entrevistar uno de sus pacientes complacidos que nos lo narró de viva voz.

Una de las características de Laura era su seriedad. Lina Campuzano y sus hijas manifiestan que nunca bailó. Particular que fue corroborado por su hija Elsie. Esta cuenta que Laura no sabía gustar de las alegrías y expansiones de la juventud como Candelaria, su hermana menor. Se le observaba siempre en actitud responsable invirtiendo sus minutos libres en labor provechosa. Sólo así se explica que dejase a la admiración de las siguientes generaciones preciosos trabajos de aguja, de ganchillo y de lanzaderas en forma de valiosos tapetes de rara perfección. Ilustra esta biografía una foto de frivolité cuyo original que es un tapete se encuentra en el Museo Finlay de la Academia de Ciencias. Otros hemos contemplado tanto en poder de las hijas como de las vecinas de «El Retiro».

Un ángulo amable del temperamento de Laura era su gusto por las Bellas Artes. La poesía y la buena lectura; así como también la música, especialmente la música culta. No obstante ella no practicó ni ésta ni aquélla. A sus hijas, por el contrario las estimuló en este sentido. Y tanto Laurita como Elsie completaron los estudios de piano y de violín, respectivamente. La voz de Laura era dulce y bien timbrada, pero en la forma del canto nunca hubo de educarla. He aquí un detalle que retrata su sensibilidad. Como se sabe, su esposo padeció larga y penosa enfermedad con repetidas



Frivolité, obra de lanzadera hecha por Laura.

exacerbaciones y relativas recuperaciones. Pues bien, siempre Laura estaba a su lado. Su consuelo siempre, su atención en él todos los momentos. A él le hacía personalmente platos delicados y postres deliciosos para mejor nutrir su depauperado organismo. Ejecutaban sus manos hábiles y hacendosas, habituadas al estudio y a los menesteres de su profesión con todo primor el arte culinario con la íntima satisfacción de servir al ser intensamente querido.

Una información acerca del ejercicio profesional de Laura se nos presentó en las condiciones más imprevisibles. Héla aquí: El diez de diciembre de 1963 se realizó el sepelio del señor Walter Attinger, segundo esposo de Flavia, la menor de las hijas de Laura.

Allá fuimos, como es natural, a dar el pésame por la sensible pérdida. Nos fue presentado en esa ocasión el Señor Ricardo Carreras, antiguo amigo de la familia. Hablamos con él del matrimonio López Carvajal al cual se refirió en la forma más elogiosa. Este señor, de avanzada edad se manifestó de manera espontánea. Fui paciente de la Dra. Martínez Carvajal, nos dijo. Quedé perfectamente satisfecho de sus servicios médicos, ya que curé completamente de la enfermedad de la vista que padecía. Y puedo decirle que sus manos eran tan delicadas, que ni se sentían. Y su trato. ¡Ah, su trato era verdaderamente exquisito! Había pues tenido la inmensa fortuna de hablar directamente con una persona a quien Laura le devolvió la salud de sus ojos.

La colaboración científica de Laura se deja sentir en las otras producciones de su esposo. «Observaciones Clínicas». «Notas Fisiológicas», 1890. «Ocular Leprosy» (Translated by Dr. Finlay - New York) que honra a su autor, por ser según opinión del Dr. B. Escobar el mejor trabajo de Lepra Ocular, publicado por los «Archivos Ophtalmologie». En éstos, como en las anteriores obras, su auxilio fue constante. Desde luego, donde más hubo de apreciarse fue en el tercer volumen de Oftalmología Clínica, que vio la luz en el año de 1906. El material fue inmenso. Numerosos enfermos de la vista tratados en la Policlínica de Especialidades por ambos esposos. Y como para entonces la salud de Enrique estaba tan quebrantada, Laura tenía naturalmente que aumentar sus esfuerzos. Esa obra tiene en cuenta la frecuencia, naturaleza, sintomatología y los resultados obtenidos con los diversos tratamientos. Se expone el porcentaje en relación con el censo de los habitantes de Cuba agrupados en blancos, negros, chinos y mulatos.

La familia que formaron Laura y Enrique fue ejemplar. Siete hijos constituían la alegría del hogar, presidido por la virtud y la laboriosidad.

La primogénita, María, fue la que más estuvo al lado de los padres. Acompañó a Laura todo el tiempo de su viudez en la finca «El Retiro». Siempre estuvo delicada de salud. Por esta razón no pudo terminar el comenzado estudio del bachillerato. Su vocación era de maestra, de la cual se tratará en su oportunidad. Como Enrique, murió de tuberculosis, siendo ella, no obstante, quien recogió el último suspiro de Laura.



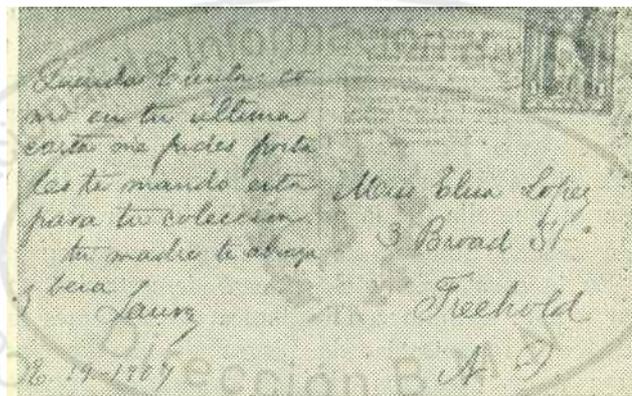
A los cuarenta años.

La segunda Laurita conserva todavía muchos rasgos del esplendor y la belleza que la adornaron en su primera juventud. Estudió piano y a juicio de la familia Campuzano, indiscutible autoridad en materia de música, llegó a interpretar muy bien. Fue discípula de Angelina Secouret, una de las más destacadas alumnas de Espadero. Ejerce el magisterio. Es profesora de inglés y reside en esta capital. Nos ha facilitado muchos informes en relación con la

autora de sus días y ha sido muy explícita en cuanto al sentir del abuelo en relación con su opinión religiosa o mejor poco religiosa. Fue ella la que nos comunicó la opinión de que Vicente, el padre de Laura pensaba que mucho del atraso que tenía España se debía a la acción retrógrada de los curas.

La tercera, Elsie, de carácter dulce y apacible, muy modesta y cariñosa, estudió violín. Es viuda del Dr. Francisco Vargas y Gómez. Este fue Profesor de la Facultad de Ciencias de la Universidad de La Habana. Le agradecemos mucho sus informes, así como las posibilidades de haber examinado los libros y las obras en relación con Laura. Reside en el Vedado. Es competente profesora de inglés.

El cuarto, nombrado Enrique murió en la infancia.



Tarjeta de Laura a su hija Elisa.

El quinto, llamado también Enrique nació en Nueva York el 25 de septiembre de 1897. Fue inscripto en el Departamento de Sanidad de dicha ciudad el 28 del mismo mes y año con los nombres de Henry George. Se le expidió título de médico el 11 de julio de 1919 de la Universidad de La Habana. A los 17 años era vecino de Paseo No. 1. Eso se debió a que la familia en los primeros tiempos tomó «El Retiro» solamente para pasar los domingos radicando el resto del tiempo en la antigua residencia. El expediente del hijo de Laura como los de la mayoría de los que tienen padres sobresalientes no llega a la brillantez de los de éstos; pero en este caso las calificaciones son aceptables. Una vez graduado fue a ejercer la especialidad de oculista a Cienfuegos, donde ha tenido

notables éxitos. Es casado, tiene varios hijos, uno de los cuales ya le ha proporcionado nietos. Son los únicos en herencia directa de Laura y Enrique. Vive aún y goza de buena salud. Su hijo es médico, especializado en Oftalmología.

La sexta hija, Flavia, es Profesora de Inglés. Como las anteriores, he tenido el gusto de conocerla. Es hermosa y muy simpática. Luce muy expansiva y comunicativa. Es graduada de Doctora en Pedagogía.

El séptimo hijo, Eduardito, falleció a los diez años el 5 de enero de 1914. Sus restos se conservan en la tumba López-Martínez Carvajal.

Si volvemos a la labor profesional de Laura es para decir que fue intensa y muy concienzuda. Y teniendo en cuenta que en los últimos diez años los pasó enfermo seriamente el esposo, teniendo que abandonar la cirugía ocular que pasó a las hábiles manos de Laura, quien durante diez años la ejerció con el más halagüeño éxito, según afirma Hortensia Lamar en su bien documentado artículo (Revista «Vanidades», 1ro. de diciembre de 1954), puede afirmarse pues, que ella fue la primera Oculista de Cuba.

La alta calidad humana de Laura se aprecia en múltiples aspectos. En la constancia y el esfuerzo demostrados, tan joven para llevar a feliz término con brillantes calificaciones las profesiones difíciles y responsables de Licenciada en Ciencias Físico- Matemáticas y en Medicina. En su superación intelectual, al hacerse oculista competente después de casada; en su prolongado y fructífero ejercicio profesional; en la conducta en su matrimonio, que con todas las circunstancias para ser feliz, por la enfermedad del esposo, se convirtió en pesada cruz que llevó con amor y dignidad, con solícitos cuidados cumpliendo íntegramente la totalidad de sus deberes. Las maternidades —nada menos que siete— en tales condiciones llegaron a ser renovados procesos de hechos heroicos. Y si se piensa que era necesario alejar a los pequeños, más dolorosos aún. Y como además colaboró en una copiosa producción científica, el valor necesario para simultanear tan disímiles actividades tuvo que ser inmenso. Pruebas como éstas miden una existencia. Y creemos que con dar a conocer sus virtudes, habrán de beneficiarse, por su estímulo, las presentes generaciones y las que están por venir,

Este joven matrimonio demuestra algo que es preciso destacar: Que cuando dos seres juntan con el amor la férrea voluntad para vencer en propósitos altos y levantados —el ejercicio y mejoramiento del arte de curar enfermedades de los ojos y el de fundar una familia— éstos se realizan a cabalidad aun en pleno combate con tan cruel enfermedad. Por estas extraordinarias cualidades en lucha desigual, triunfaron. Fueron, indudablemente un ejemplo vivo, de veras aleccionador.

